



Viviendo el trabajo. Transformaciones sociales, cirujeo y venta ambulante

Living The Work. Social Transformation, Cirujeo, and Ambulant Vending

Vivendo o trabalho. Transformações sociais, cirujeo e comércio ambulante

Mariano D. Perelman*

Recibido 30.09.13

Revisión editorial: 16.11.13

Aprobado: 15.03.14

RESUMEN

En este artículo me propongo dar cuenta de las transformaciones ocurridas a partir de la implementación de una serie de políticas de corte neoliberal en Argentina y el modo en que ello ha impactado en las subjetividades de las personas que realizan dos actividades que suelen considerarse en una “zona gris”, actividades de “rebusque” o incluso “no trabajos”: el cirujeo (la recolección informal de residuos) y la venta ambulante en trenes de la ciudad. Ambas actividades no *nacieron* durante la década de 1990 ni son solo consecuencia de las políticas neoliberales. Sin embargo, ambos casos permiten comprender el modo en que el trabajo es entendido por los actores hoy en día. Con los casos mostraré el modo en que se construyen significaciones alrededor del trabajo y de las actividades tanto a partir de los discursos hegemónicos así como en función de las experiencias de las personas. Esto permite abordar los matices y complejidades que implica el análisis en las experiencias laborales en la Argentina pos convertibilidad y el modo en que ello ha impactado en las subjetividades de los que continuaron ganándose la vida a través del mercado formal, los que lo comenzaron a hacerlo en el informal y los que siempre lo hicieron por fuera del mercado.

Palabras clave

Venta ambulante; Cirujeo; Trabajo; Buenos Aires; Desempleo

* Dr. en Antropología, docente regular del Departamento de Antropología (Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires). Investigador Asistente del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET). Investigador de Instituto Gino Germani. Director del proyecto PICT “Desigualdad, pobreza urbana y acceso a la ciudad. Un estudio a partir de los procesos de interacción/negociación entre grupos sociales por el acceso y uso del espacio urbano”. Fondo para la Investigación Científica y Tecnológica (FONCyT), Agencia Nacional de Promoción Científica y Tecnológica (ANPCyT) y del proyecto UBACyT “Trabajo, territorios y acceso a la vida. Vendedores, cirujas y mendigos en la ciudad de Buenos Aires” Facultad de Ciencias Sociales. Universidad de Buenos Aires. Secretaría de Investigación, Universidad de Buenos Aires, Argentina.
Email: mdp1980@yahoo.com.ar

ABSTRACT

This article focuses on societal change since the implementation of a series of neoliberal policies in Argentina, and the related impact on the subjectivities of people in two occupations in the grey zone between work and non-work: *cirujeo* and ambulant vending in trains of the city of Buenos Aires. Both of these activities existed before the era of neoliberal reforms, but their prevalence increased during the 1990s, and, importantly, the way these activities were viewed can only be understood within the context of the changes the era engendered. From the cases, I will show how meanings around work are built from both hegemonic discourses and depending on the experiences of people. This allows addressing the nuances and complexities of the analysis on the work is experience in Argentina post convertibility and how changes has impacted on the subjectivities of those who continued to earn a living through the formal market, the ones that began to do it in the informal market and in those that always did it through out of the market.

Keywords

Ambulant Vending; Cirujeo; Work; Buenos Aires; Unemployment

RESUMO

Neste artigo, me proponho a abordar as transformações ocorridas a partir da implementação de uma série de políticas de cunho neoliberal na Argentina e o modo pelo qual impactou as subjetividades das pessoas que realizam duas atividades consideradas parte de uma “zona cinzenta”, atividades informais ou mesmo “não trabalho”: o *cirujeo* (coleta informal de resíduos) e o comercio ambulante nos trens da cidade. Ambas as atividades não nasceram durante a década de 1990 nem são apenas consequência das políticas neoliberais. No entanto, os dois casos permitem compreender como o trabalho é atualmente entendido pelos atores. A partir dos casos mencionados, mostrarei o modo como se constroem significações em torno do trabalho e das atividades tanto a partir dos discursos hegemônicos como em função das experiências das pessoas. Isso permite abordar os matizes e complexidades que implica a análise das experiências laborais na Argentina pós-convertibilidade e o modo pelo qual impactou as subjetividades dos que continuam ganhando a vida através do mercado formal, dos que começaram a fazê-lo no informal e os que sempre o fizeram à margem do mercado.

Palavras-chave

Comércio ambulante; *Cirujeo*, Trabalho, Buenos Aires, Desemprego

SUMARIO:

1 Introducción; 2 Primera parte. Trabajo; 2.1 El mercado de trabajo en Argentina; 3 Segunda parte. Desarticulación del mercado de trabajo; 4 Tercera parte. Transformaciones, formas de trabajar hoy; 4.1 Vergüenza, orgullo y la construcción de la vida digna; 4.2 El pedir y el trabajar en los trenes. Imaginarios en torno a los modos de trabajo; 5 A modo de cierre: reconfiguraciones en el campo del mundo del trabajo; 6 Bibliografía

1.- Introducción

Una tarde caminaba con Ramón –un ciruja de unos setenta y cinco años- por los estrechos pasillos de una villa de la ciudad. Así como al pasar me dijo que le parecía mentira que hacía

unos años atrás (alrededor de veinticinco) todo ese había sido un inmenso basural dónde él recolectaba residuos. Ramón –como miles- migró a Buenos Aires desde una provincia norteña y se instaló en una de las tantas villas que comenzaban a surgir. Trabajó en la construcción y luego se dedicó al *cirujeo* –la recolección informal de residuos. También lo hizo su hijo y pese a que hoy el basural donde ambos habían comenzado y donde habían aprendido la profesión ya no existe, ambos continúan orgullosamente realizando la tarea que muchos otros desdeñan.

Felipe recuerda con nostalgia los tiempos en que trabajaba en el restaurante. Cuando a fines de 1999 se quedó sin el trabajo de ayudante de cocina, se dedicó a hacer changas que le pagaban “sin problema”. En 2002, las changas se acabaron. Entonces un vecino del barrio comenzó a invitarlo a cirujear, le decía “total si estás en tu casa no vas a hacer nada”. Le costó tomar la decisión, ya que siempre había visto con malos ojos a los que realizaban la actividad, pensaba que debían buscar un trabajo, dedicarse a laburar y “no a la vagancia”. No quería salir con un carro y que lo vieran. Sin embargo, las posibilidades no llegaban, así que aceptó la invitación. Comenzó a salir junto a su amigo. Recuerda que, cuando salía de la casa, miraba a los costados, buscando no ser visto por los vecinos, apuraba el paso hasta llegar a la estación y tomarse el tren cartonero. Entonces se tranquilizaba un poco. Durante los primeros meses, lamentó su suerte, caminaba tratando de no llamar la atención de la gente que se cruzaba. Con el tiempo, comprendió que ser ciruja no puede ser ocultado.

Cacho, trabaja en uno de los ramales del tren Roca, vende gaseosas y golosinas, es un *golosinero*. Tiene cuarenta y siete años y hace treinta que está ligado al mundo de los trenes. Con apenas doce años, su padrastro le armó una caja de lustrar zapatos para que trabajase en la Estación de Constitución. Lo hizo durante un tiempo, aunque con dificultad porque lo iban *corrieron* los vendedores más grande y con más experiencia. Luego, comenzó a subirse a los trenes, primero a vender diarios y luego maní con chocolate. Un vecino que tenía un kiosco en una estación del conurbano le *enseño* como hacerlo. Sin decir una palabra movía la cajita amarilla e iba ofreciendo. Recuerda –hoy con una sonrisa- la vergüenza que le daba hacerlo. A partir de entonces, las golosinas y los trenes formaron parte de su vida. Por algunos períodos se dedicó a otras tareas. Fue, por ejemplo, repartidor de leches en los primeros años de la década de 1980 y más recientemente guardia de seguridad. Sin embargo, la venta ambulante seguía siendo parte de su ingreso. Para mediados de la década de 1990, ante las condiciones de los trabajos que realizaba nuevamente se volcó a la venta en trenes.

En las ciudades la mayor parte de las personas para (sobre) vivir debe realizar algún tipo de actividad que les retribuya dinero. Algunas de ellas son vistas como “un trabajo” mientras que otras como un “rebusque”, como una “estrategia de supervivencia” o como formas alejadas de la idea de “trabajo”.

La noción de *trabajo* remite, a grandes rasgos, a modos/ actividades de acceso a la reproducción social ligados a la supervivencia física. Sin embargo, esta definición deja por fuera los procesos históricos en los que esos modos y esas actividades adquieren sentido. Que una actividad sea considerada “trabajo”, no depende de la tarea en sí, sino de un proceso histórico en el que ciertos modos se fueron configurando como más legítimos (y deseables) que otros. Claro que los límites no suelen ser precisos ni existe un total acuerdo al respecto. Mientras algunas tareas parecen estar enmarcadas dentro de la idea del trabajo (un obrero industrial por ejemplo) y otras por fuera de ella (la mendicidad), existen algunas (la venta ambulante, el cirujeo) que parecen estar en una zona gris entre el trabajo y el no trabajo. Estas diferenciaciones no sólo tienen implicancias en relación a los modos de inclusión social (que contribuyen a los modos de explotación), sino también en las subjetividades. Esto es, la forma en que son vistas impacta en el modo en que las personas se relacionan unas con otras, con las instituciones así como también incide en las formas en que las personas viven, se sienten, expresan su conformidad o disconformidad con lo que hacen y con cómo viven. Como ambas esferas –las del trabajo y las del no trabajo- forman parte del mismo mundo (del mundo del trabajo) una no puede comprenderse sino en relación a la otra.

En este artículo me propongo dar cuenta de las transformaciones ocurridas a partir de la implementación de una serie de políticas de corte neoliberal en Argentina y el modo en que ello ha impactado en las subjetividades de las personas que realizan dos actividades que suelen

considerarse en una “zona gris”, actividades de “rebusque” o incluso “no trabajos”: el cirujeo (la recolección informal de residuos) y la venta ambulante en trenes de la ciudad. Ambas actividades no *nacieron* durante la década de 1990 ni son solo consecuencia de las políticas neoliberales. Sin embargo, ambos casos permiten comprender el modo en que el trabajo es entendido por los actores. Mi interés por abordar las significaciones de los actores en tanto trabajadores remite por un lado a que, como han planteado Grassi y Danani (2009:15), “el mundo de la vida no es ajeno a la estructuración por el trabajo, sino parte entrañable de su naturalización y real dominio”. Pero sobre todo porque los actores con los que hice trabajo de campo problematizaban su existencia como trabajadores.

Creo que dos puntos son centrales. El primero a tener presente es que tanto las actividades “informales”, de “rebusque” como los “empleos” son parte de un mismo mercado de trabajo. Y en relación a ello, un segundo punto a tener en cuenta se abre y remite a las subjetividades de las personas que las realizan. Y aquí los límites son aún más borrosos. Las trayectorias de las personas de carne y hueso –enmarcadas en experiencias de clase– son especialmente fructíferas para comprender el modo en que los actores construyen esa subjetividad y viven de manera diferente las actividades que les dan dinero.

Desde esta perspectiva, creo que hay que analizar dos cosas: una refiere a formas de ganarse la vida, a los modos de explotación y a las relaciones en el capitalismo. La otra, ya que la antropología debe comprender (cosa que lejos está de avalar), es la necesidad de correrse de preguntas tales como si una actividad es o no un trabajo o si las personas que realizan cierta tarea “trabajan”. El foco debe ponerse en comprender el modo en que estos procesos son vividos por los actores. Por lo tanto, creo que se debe centrar el análisis no sólo en el ámbito de la necesidad (de ganarse la vida) sino, al mismo tiempo, en el de la construcción de modos legítimos y razonables de hacerlo.

Para ello, son dos los niveles diferentes e interrelacionados los que deben abordarse. Por un lado, el de la construcción de los ideales (hegemónicos) de ser trabajador. Por otro lado, y en relación con estos, en el de los discursos y prácticas que construyen a las actividades y las maneras en que los sujetos (re)construyen sus experiencias, crean relaciones, generan imaginarios, explicaciones, justificaciones sobre la actividad que realizan y las maneras en que estos van cambiando.

Es necesario aclarar que los discursos y las ideas son múltiples, así como también lo son las recepciones y los modos en que ellas se hacen cuerpo. Como ha planteado Fonseca (2005:119) trabajar en los márgenes (en este caso de los sujetos trabajadores), flujos y entre lugares permite evitar la reificación y además posibilita el acercamiento de a las especificidades en las matrices simbólicas de los grupos subalternos. En los casos que analizo es imposible desconocer la importancia que ha tenido la noción de trabajo. Sin embargo, ella se ha ido configurando de una manera concreta en ciertos grupos sociales que han hecho de ella una forma específica.

Es por todo esto que partiendo del análisis de actividades que se encuentran construidas como “no trabajo” en este artículo reivindico una antropología *del* o centrada en el trabajo para el abordaje de las relaciones de acceso a la reproducción social. Interesa presentar la importancia de tener en cuenta en el análisis las motivaciones, las emociones, las nociones que los sujetos consideran legítima para demandar (*trabajo*, mejoras laborales, asistencia, etc.) así como la realización (y normalización) de actividades consideradas *informales, ilegales o ilegítimas*. Una aproximación a formas que se encuentran en los márgenes permite no sólo ahondar en actividades que han sido dejadas de lado (o analizadas como si no fueran parte del “mundo de trabajo”) sino también complejizar las cambiantes maneras en que se accede a la reproducción social.

El texto está dividido en tres secciones. En la primera, doy cuenta de la importancia que ha tenido la idea de ser trabajador formal en la Argentina. Con ello busco dar cuenta de cómo se fueron creando modos hegemónicos de acceder a la reproducción social, cómo se fueron valorando ciertas actividades como trabajo ya que –como pude apreciar en el trabajo de campo– ello incide en los imaginarios y prácticas actuales de los actores. Al mismo tiempo, mostraré que las tareas de rebusque han sido un modo de acceso relativamente común en ciertos grupos sociales. Sin embargo una perspectiva centrada en los procesos de construcción de desigualdad

permite mostrar el modo cambiante de qué significa ser trabajador o desempleado así como la posibilidad de repensarse hoy a partir de un momento en el que ser desempleado tiene otras significaciones. Esto es, interesa abordar el proceso para complejizar los límites entre el empleo y el desempleo, pero también para dar cuenta de la construcción de significaciones actuales a partir de los actos de rememoración y recuerdo (como procesos activos). En la segunda parte del artículo me centro en las transformaciones ocurridas a partir de la última dictadura militar (1976- 1983) y en especial durante el gobierno de Carlos Menem (1989-1999). Daré cuenta de las transformaciones en relación al empleo y cómo ello incidió en la aparición de personas dedicándose a actividades de rebusque. En la tercera parte me centraré en los casos para mostrar el modo en que se construyen significaciones alrededor del trabajo y de las actividades tanto a partir de los discursos hegemónicos así como en función de las experiencias de las personas. Esto permite abordar los matices y complejidades que implica el análisis en las experiencias laborales en la Argentina pos convertibilidad¹ y el modo en que ello ha impactado en las subjetividades de los que continuaron ganándose la vida a través del mercado formal, los que lo comenzaron a hacerlo en el informal y los que siempre lo hicieron por fuera del mercado.

2.- Primera parte. Trabajo

Yo recuerdo que en los tiempos del trabajo en las empresas, Gas del Estado, la construcción, él [por su padre] llegaba el día del niño, el día de mi cumpleaños y siempre llegaba con bolsas de juguetes. No los compraba él, se los daban de su trabajo [...] aparte él llegaba con su sueldo completo en un sobre, podía comprarnos lo que él quería. Y, eso tendría que volver a funcionar así. Ahí está, el hombre ahí realmente se siente como un verdadero útil a la sociedad. Nadie le está diciendo, nadie le va a decir por las calles ‘va el ciruja’

En otro lugar he marcado la importancia que en gran parte de occidente ha tenido la construcción social de la necesidad de “trabajar” para vivir, basada en una idea liberal del trabajo (Perelman 2007). Bauman (2003) ha marcado que existe algo que podría denominarse una “cultura” o “ética del trabajo” basada en dos premisas explícitas y dos presunciones tácitas: la primera premisa es que para conseguir lo necesario para vivir y ser feliz hay que hacer algo que los demás consideren valioso y digno de pago. La segunda es que no hay que conformarse con lo conseguido y siempre hay que buscar más. En cuanto a las presunciones tácitas, la primera es que la gente tiene una capacidad de trabajo que vender y puede ganarse la vida ofreciéndola a cambio de dinero. Así se muestra al trabajo como el estado normal de la condición humana. La otra presunción sostiene que sólo el trabajo cuyo valor es reconocido por los demás (trabajo que puede venderse y tiene quien lo compre) posee valor consagrado por la ética del trabajo: la ética que adoptó la sociedad moderna. Pero estas premisas no pueden pensarse en abstracto. Grassi y Danani (2009:17) proponen la noción de mundo del trabajo para expresar el supuesto que, bajo distintas modalidades, la mayoría de las personas ‘viven de su trabajo’: de la aplicación o empleo de sus capacidades, sean éstas valoradas, reconocidas, desconsideradas, mal pagas o consideradas superfluas. Las autoras sostienen que es la relación con el capital la que impone las condiciones generales en las que ‘se trabaja para vivir’. A diferencia de la “ética del trabajo” las autoras ponen el énfasis en las múltiples formas que construyen el mundo de la reproducción social. Ambas cuestiones son centrales: la ética del trabajo da cuenta de ciertos modos de reproducción “socialmente aceptados” y, supuestamente “culturalmente consensuados”. Pero, al mismo tiempo, las personas en ese “vivir de su trabajo” van produciendo significaciones, van viviendo y expresando formas diferentes –a veces lejos de aquella ética- de su existencia que tienen implicancias en las identidades y en los modos de inserción social. Así, no sólo no todos los trabajos dignifican sino que para diferentes personas son diferentes tareas las que producen dignidad.

¹ En 1991 se sancionó la Ley 23.928 que equiparaba diez mil Australes (la moneda de uso legal en Argentina) a un Dólar. Luego se modificó la moneda local pasando de Austral a Peso. La conversión fue un Peso argentino era igual a diez mil Australes, por lo tanto, un peso era igual a un Dólar estadounidense. Esta equiparación se mantuvo hasta 2002.

Como me decía Raúl –un ciruja de cincuenta años- en la cita con la que comienza esta sección, no es lo mismo ser un trabajador estatal que ser cirujea. Si bien está haciendo referencia a dos momentos históricos diferentes (la década de 1960 y la de 2000) la comparación mucho dice de los imaginarios construidos en relación a las actividades, a lo que uno es y a los que uno quisiera ser. En su relato no sólo hacía referencia al salario y a la seguridad de recibir todos los meses una remuneración sino también a una serie de reconocimientos sociales que otorga el ser trabajador. Y este imaginario fue construido históricamente a partir de una serie de procesos, a veces contradictorios, que fueron marcando límites sociales en torno al acceso a la vida. Y es por ello que el trabajo se ha transformado en discurso utilizado por los propios actores para posicionarse socialmente.

Es necesario aclarar que si bien existen discursos hegemónicos en torno a la construcción de imaginarios en torno al trabajo, en tanto procesos hegemónicos se producen pugnas –y que la disputa implica resistencias- en las que se disputan modos de vida naturalizados. Así, la ética del trabajo, entendida a lo Bauman, no agota el mundo del trabajo y son los niveles sociales e individuales los que permiten comprender estas multiplicidades. Me refiero a discursos al decir de Foucault quien plantea que “dan lugar a ciertas organizaciones de conceptos, a ciertos reagrupamientos de objetos, a ciertos tipos de enunciados, que forman según su grado de coherencia, de rigor y de estabilidad, temas o teorías” (Foucault 1970:105). La disciplina la plantea como un técnica de gobierno, de ejercicio de poder que busca producir, transformar, manipular cuerpos dóciles (ver Foucault, 1996, 2002). Las técnicas de gobierno más que el uso de la fuerza explícita se basan en el control constante, en el encauzar conductas, “domesticar” las relaciones entre hombres, “civilizar” las costumbres públicas y privadas (ver Tiscornia, 2008). El trabajo en tanto institución implica una forma de sujeto, en el marco de un tipo particular de arte de gobernar que busca construir un tipo de hombre. Como recuerda Sonia Alvarez Leguizamón (2008:20) al indagar en la producción de la pobreza en América Latina los discursos son parte de lo que Foucault denomina “artes de gobernar”, en el sentido de ciertas virtudes, habilidades, mañas, distinciones, conjunto de reglas, dispositivos para influir sobre la vida de los otros. Desde esta perspectiva analizar las tareas que se encuentran entre el trabajo y el no trabajo –así como en las poblaciones consideradas peligrosas y abordando los procesos no desde su centro sino desde sus márgenes- permiten iluminar los discursos en torno al trabajo². Pero esta línea debe complementarse con las prácticas y los sentidos que los actores le otorgan a su existencia, una suerte de aproximación desde la teoría de las prácticas (Ortner 2006). Desde esta línea es importante rescatar una perspectiva que recupere las experiencias históricas de los actores. Experiencias centradas en la explotación subjetivamente experimentada. Abordar la cuestión del trabajo en los dos niveles, el individual y el de los discursos permite comprender el modo en que se fue configurando la noción de trabajo, las formas de clasificación, nominación e intervención sobre el trabajo –así como también lo que quedaba afuera- pero sobre todo cómo ello era vivido de manera diferente.

2.1.- *El trabajo en Argentina*

En términos generales, es posible marcar que el trabajo se ha constituido en uno de los discursos disciplinadores más poderosos de la modernidad y en Argentina se ha entrelazado con la ciudadanía (Grassi, Hintze, y Neufeld 1994; Svampa 2005). Esto significa que una gran cantidad de derechos comenzaron a emanar de la relación laboral (seguridad social, salud, jubilación) y quedaron ligados a ella³.

² Existen una serie de investigaciones que han dado cuenta del modo en que se intervenía sobre las personas consideradas no trabajadoras o peligrosas para el orden moral. Entre ellos Salessi (1995); Gordillo (2006); Tiscornia (2008); Perelman (2012); Caimari (2004). Específicamente sobre los modos de intervención sobre los desempleados Grondona (2011). A la vez, pensando a lo Bourdieu que el Estado incentiva formas de trabajo.

³ De ello da cuenta por ejemplo el artículo 14 bis de la constitución reformada en 1949 durante el primer gobierno de Perón o las asignaciones familiares estipuladas en 1957.

Resulta imposible soslayar el poder que ha tenido el peronismo en la historia argentina y en el modo en que buscó forjar una serie de imaginarios en torno al trabajo que fueron fusionando experiencias en amplios sectores de la población. No quiero con esto decir que las nociones en torno al trabajo hayan sido nuevas, sino que durante aquellos años se intentaron formar imágenes que incluyeron un modelo de hombre, de mujer y de familia. Y sobre todo un tipo de inclusión ciudadana que se perpetuó en los imaginarios de los trabajadores (ver James 2006). Si bien no es mi intención aquí hacer un recorrido exhaustivo en torno al modo en que se construyó la noción de trabajador, sí creo importante recuperar algunos elementos que permitan comprender la sedimentación de ciertos discursos que en los hoy cirujas y vendedores ambulantes se manifiestan.

Torre y Pastoriza (2002) han denominado la “democratización del bienestar” para referirse a los cambios ocurridos y consolidados durante los primeros gobiernos de Perón (1946-1955). Durante estos años, con la redistribución de los ingresos y la expansión de los consumos, la prosperidad fluyó a lo largo de la pirámide social urbana. La ciudad representó el acceso a una mayor variedad de bienes y un mejor aprovechamiento de los beneficios de las políticas sociales y del gobierno peronista. Según los autores (2002: 283) este nuevo modelo significó para los trabajadores de más reciente radicación, la vivencia directa y palpable de la ampliación de sus horizontes más allá de las necesidades de subsistencia en los más diversos aspectos de la existencia cotidiana. Eran los tiempos de ascenso social y donde la obtención de un trabajo en el mercado formal y/o informal se daba por descontada⁴. Según Gené (2005) la imagen de un hombre trabajador sentado frente al televisor, junto a sus hijos y su esposa condensa gran parte de los presupuestos que el peronismo quería incorporar, a través de la imagen en los imaginarios populares: el bienestar de las familias trabajadoras merced a la acción del Estado protector que garantizaba desde las necesidades básicas –vivienda, educación, alimentación- hasta el acceso a los espacios de la cultura y la recreación. En esta construcción sobre la familia, el hombre trabajador es el proveedor de la seguridad material mientras que la figura de la mujer es en el hogar, como madre y forjadora de futuras generaciones. El hogar tenía a la mujer por pilar y custodia de los valores morales, cívicos y culturales⁵.

Es cierto, como ha sido marcado, estas visiones deben complementarse con los conflictos surgidos y con los diferentes modos en que estas nociones eran redefinidas por los propios actores. En relación a la dignidad, por ejemplo, se ha marcado que no ha sido sólo el empleo un componente central sino también otros factores como el consumo (Elena 2011). A la vez que se ha marcado la dificultad de pensar estos procesos tanto desde arriba como desde abajo que den cuenta de las múltiples experiencias y significados en torno a la dignidad y al trabajo (ver, por ejemplo Acha y Quiroga 2008; Elena 2011, entre otros). En este sentido, resulta difícil comprender no sólo el modo en que los *trabajadores* se han reapropiado de este bienestar (o incluso el alcance mismo del bienestar) sino también lo que ocurría con los que no trabajaban. En mi trabajo he intentado avanzar a partir de las memorias de los actores y de los relatos en la actualidad. Ello implica reconocer, como lo he planteado en otro trabajo (Perelman 2010), que son relatos mediados por el tiempo y en un contexto diferente, lo que no quiere decir que sean falsos. Lo que puede verse en la apelación a una idea de hombre trabajador que tiene –como mostraré más adelante- fuertes implicancias en el modo en que se trabaja hoy. Este imaginario convive con otros, como el de la asistencia social, o sea, con la intervención sobre los que están “legítimamente” fuera del mercado de trabajo.

Desde mediados del siglo XX, se fue consolidando una suerte de Estado de Bienestar o Estado Social argentino que puso al trabajo, al consumo y a los derechos sociales en un lugar central. Existen ciertos “datos duros” que dan cuenta de la sociedad salarial previa a la última

⁴ Se entiende por mercado de trabajo formal al que comprende a todos los empleos registrados lo cual proporciona derechos laborales tales como cobertura médica y aportes jubilatorios. El mercado informal se compone por todos los empleos no registrados.

⁵ Otros trabajos han marcado la importancia que ha tenido el peronismo como articulación de experiencias que ha posibilitado experiencias comunes o estructuras de sentimientos, ligadas al peronismo (James 2006; Villarreal 1985).

dictadura. Beccaria (2001: 19-20) dice que “el mercado laboral argentino de principios de los años setenta se diferenciaba de los correspondientes a la mayoría de los otros países de la región porque la presencia de puestos asalariados resultaba mayor, los niveles de subutilización de la fuerza de trabajo eran moderados –ya que el desempleo abierto (constituido por aquellos que no trabajan pero buscan activamente un empleo) era reducido y las ocupaciones de muy baja productividad (generalmente, trabajos por cuenta propia muy elementales) tenían una presencia no muy importante- el poder de compra de los salarios era más bien elevado, y las diferencias entre los ingresos de los trabajadores de diferentes sectores así como de las calificaciones no eran amplias”. Estas características se explicarían, sostiene, por el desarrollo del país desde el siglo XIX. Población con baja tasa de crecimiento, predominantemente urbana; un extendido sistema de educación pública que contribuyó a elevar el grado de escolaridad de la fuerza laboral; población en edad de trabajo que se expandía lentamente que hizo que el mercado haya podido absorber gran parte de la mano de obra; la alta productividad del sector agropecuario; la expansión de la actividad gremial y la distribución del ingreso serían los componentes centrales. También la subutilización abierta –desempleo y subempleo era tendencialmente parecida a la usual en los países capitalistas desarrollados y muy diferente de la del resto de América Latina (Torrado 1992).

Esta centralidad del status de “ocupados” resultó en la exclusión de todos los que formaban parte de ese mercado de trabajo informal del acceso a los derechos sociales ya que la contingencia de la “no disposición de puestos de trabajo” no estuvo contemplada como tampoco la estuvo la posibilidad de que el salario no cubriese las necesidades del trabajador. Los datos muestran que además del sector “formal” se fue generando un amplio sector “informal” en el que vivían miles de personas con bajos ingresos (Beccaria y Lopez 1997). De ello mismo dan cuenta los debates que fueron surgiendo en Argentina y América Latina relativos a la existencia de una masa marginal (Nun 2001) producto de las características del capitalismo dependiente.

En 1970, el empleo precario oscilaba alrededor del 20 % y en 1983 había subido al 22 (Torrado, 1992: 243). Los niveles de pobreza (medidos en ingresos) por su parte, también han sido relativamente bajos. En 1974, en el Gran Buenos Aires era del 3,2 % ascendiendo para 1980 a 10, 1 y a 28 para 1982. Este crecimiento afectó primordialmente a la “clase obrera”. En cuanto a 1980, el 8,3 % de la población económicamente activa (PEA) tenía ocupaciones consideradas marginales y, de ella, más del 80 % era urbana (y el 60 % se ubicaba en las grandes ciudades). En suma, durante esos años y hasta el último régimen de facto (1976) Argentina fue considerada como una sociedad de casi pleno empleo. La participación en el mercado de trabajo significó el “modo legítimo” de acceso al consumo para reproducir la propia vida (Beccaria and López 1997; Grassi 2003). En este modelo, el Estado de mediados de siglo XX se instituyó en un actor activo de política económica alineando sus acciones hacia la conformación de un orden que ponía al trabajo y a la categoría de trabajador en el centro de la escena, tanto en lo que refiere a la construcción legal como identitaria del sujeto (Grassi, Hintze, and Neufeld 1994; Grassi 2003). Así es que se fue constituyendo en la memoria social la idea de que “no trabaja el que no quiere”. Sin embargo, gran parte de la población (activa) dio: “lugar a la persistencia de un significativo sector informal en la economía, parte de la cual generaba ingresos bajos a quienes estaban allí ocupados” (Beccaria y Lopez 1997: 86). Las políticas asistenciales tuvieron como objetivo “el amparo por el Estado de las personas que por causas fortuitas o accidentales se vieran privadas de los medios indispensables de vida y de que, careciendo de ellos, se encontraran incapacitadas en forma definitiva para obtenerlos” (Alayón 1980: 36).

Quiero detenerme en un punto que me parece central para comprender la importancia de este proceso en Argentina más allá de las tasas de empleo. He marcado la intención de pensar el trabajo como necesidad construida por tecnologías específicas. Y es aquí donde la cuestión se complejiza. Una forma de abordarlo es ver cómo en la actualidad es posible apreciar el modo en que los imaginarios en torno a quienes pueden o no trabajar ha continuado moldeando comportamientos de las personas, o sea quienes son los legítimos asistidos y los que deben ganarse la vida en el mercado de trabajo. Sin embargo, al cambiar los contextos también se transforman los sentidos. Como ampliaré en los apartados siguientes, en mi trabajo de campo

con vendedores ambulantes y mendigos en trenes de la ciudad he podido apreciar el modo en que ello continúa operando en una suerte de división legítima del trabajo entre los que “pueden” vender (en general hombres de entre 17 y 60 años) y los que “pueden” pedir (mujeres, discapacitados, ancianos). El análisis de las trayectorias laborales de vendedores y de cirujas dan cuenta de un paso itinerante por diferentes actividades que dan cuenta de los múltiples modos de acceso a los recursos –y a la distribución social de la riqueza. Y son los contextos – por llamarlos de alguna forma- lo que también van moldeando los significados de las trayectorias. Y es innegable el efecto que han tenido las políticas neoliberales.

3.- Segunda Parte. Desarticulación del mercado de trabajo

Si la década de 1960 puede considerarse como un período de elevado crecimiento del empleo asalariado y de visibles mejoras socioeconómicas (Lindenboim 2008), a partir de la dictadura cívico militar iniciada en 1976, la situación comenzó a cambiar. El proceso que se aceleró en la larga década neoliberal (1989-2002). Durante la última década del siglo XX el desempleo comenzó a crecer afectando a sectores cada vez más crecientes de la población argentina acostumbradas a vivir del trabajo. Una mirada, nuevamente, a los datos “duros” nos permiten dimensionar estos cambios. Tomemos como punto de partida el último año democrático (1975) y el último de la convertibilidad (2001). La Encuesta Permanente de Hogares (EPH) implementada por el Instituto Nacional de Estadística y Censos (INDEC) muestra una significativa caída del empleo en la provincia de Buenos Aires y Capital Federal. La tasa de desocupación aumentó de 2.4 en abril de 1975, a 17,4 en 2001 (reconoce un pico en mayo de 1995 de 20,2); mientras que la tasa de subocupación pasó de 4.7 en abril de 1975 a 15,6 en 2001⁶.

Argentina: evolución de las tasas de desocupación y subocupación, 1974- 2003.
(Promedios anuales)

Promedio Anual	Desocupación	Subocupación
1974-1980	3,5	4,7
1981-1990	5,8	7,2
1991	6,5	8,3
1992	7,0	8,2
1993	9,6	9,1
1994	11,4	10,3
1995	17,5	11,9
1996	17,2	13,1
1997	14,9	13,2
1998	12,9	13,5
1999	14,3	14,3
2000	15,1	15,1
2001	17,4	15,6
2002	19,7	19,3
2003	16,0	17,7

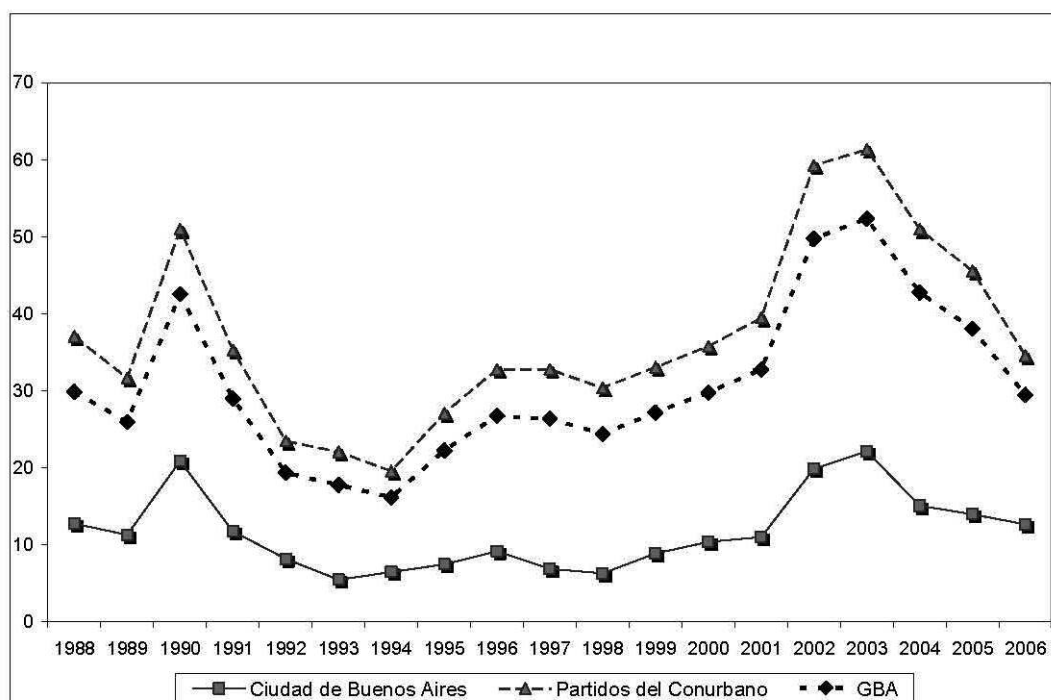
fuentes: INDEC

Como se puede ver en el cuadro, en pocos años la desocupación creció de manera notoria. Ello fue producto de una serie de procesos de neoliberalización que no sólo incidieron en el ámbito de la economía sino en el seno de la sociedad. Una de las virtudes del neoliberalismo impuesto en Argentina fue que se constituyó en un discurso hegemónico en donde la economía liberal y “los técnicos” ocupaban un lugar central. Sin embargo, la política no estuvo ausente. Por el contrario, fueron las decisiones políticas (entre ellas la de aparecer a los procesos como “apolíticos”) las que contribuyeron a instaurar un nuevo orden.

⁶ Ver <http://www.indec.gov.ar/>

El neoliberalismo no es sólo una corriente económica sino un proyecto político- cultural con sus valores y moralidades. Si bien las bases fueron sentadas durante la última dictadura (que incluyó la represión y asesinato de miles de personas) durante los gobiernos de Menem (1989-1999) ellas se desarrollaron con plenitud. Los últimos años del gobierno de Alfonsín (1983-1989) estuvieron signados por golpes de mercado que, entre otras cosas, produjeron ciclos inflacionarios de hasta casi un 400 % anual en 1988. El gobierno siguiente, el de Menem, fue construyendo como única salida a la “crisis” social y económica el modelo neoliberal. Bajo la idea de que el modelo productivo y del (particular) Estado de Bienestar había entrado en *crisis*, se tendió a la liberalización de la economía y del “achicamiento” del Estado, privatizando las empresas estatales (luz, gas, agua, teléfono, transportes ferrocarriles, teléfono, aerolíneas, petróleo, etc.) y reduciendo empleo estatal. A su vez, la liberalización de la economía estuvo ligada a un proceso de desindustrialización. El nuevo modelo equiparó por ley el Peso argentino al Dólar estadounidense. El nuevo modelo de acumulación en Argentina (Basualdo 2001) también incluyó cambios en la legislación laboral y en la política social. Grassi (2003) define al orden político institucional que resultó de la orientación neoliberal como asistencialista y focalizado, que comenzó a intervenir sobre los mínimos biológicos⁷ en el marco de una nueva forma de intervención que Alvarez Leguizamón (2006:81–82) denominó la *focopolítica*.

Porcentaje de personas por debajo de la Línea de Pobreza en el Aglomerado Gran Buenos Aires, desde mayo de 1988 a mayo de 2006.



Fuente: Boy, 2008

⁷ A su vez, como marca Alvarez Leguizamón (2008:146–147) “para la gestión, la lógica asistencial tutelar requiere de contraprestaciones de distinto tipo, al no estar basada en derechos ni en garantías, pero su característica particular es que se exige trabajo no pagado del pobre para poder recibir esta nueva forma de dádiva que se denomina, en la jerga de los organismos internacionales: “entrega” de servicios o bienes. La semántica es similar a la del don pero bajo relaciones tutelares particulares. En este marco las capacidades de los pobres son *descubiertas* y puestas en acción por la vía de dos nociones (prácticas discursivas): la *participación* y el *empoderamiento*” (resaltado mío).

Durante “el signo del neoliberalismo” el país sufrió una “modernización excluyente” al decir de Barbeito and Lo Vuolo (1992) en el que el “crecimiento económico” se produjo a costa de las personas de carne y hueso. Se puso en crisis un nuevo modelo de acumulación que bajo el discurso de la modernización se dismanteló el Estado y el capital financiero comenzó a primar. Producto de ello, es que se fue configurando lo que Svampa (2005) denominó una “sociedad excluyente”.

Existe una amplia literatura que ha abordado las transformaciones durante este período. Retomaré aquí algunos puntos significativos que dan cuenta de las transformaciones relativas al trabajo.

El crecimiento del desempleo fue haciendo que miles de personas se transformen en *pobres* ya que la pobreza se mide en función de los ingresos. Sin embargo, como marcó Grassi (2000) mientras *la pobreza* fue constituida y abordada como *problema social* –y se admitió la posibilidad de acciones de asistencia para los que se hallen en *estado de carencia*- los problemas de la *esfera del trabajo* (la ilegalidad en las contrataciones, el desempleo, la crisis de los sistemas proteccionales y el nivel de los salarios) fueron tratados estrictamente como un *problema económico (del mercado)*. Con el paso de los años, la cuestión social (los problemas que remiten a la integración social) fue constituida firmemente en torno al tema del trabajo. Según Grassi (2000) al principio de la década fue el *empleo en negro* (no registrado) el problema que ameritaba las “reformas laborales”. Con el *desempleo abierto* en índices históricos, se trató de “bajar los costos del trabajo” para expandir la demanda de trabajo. Se trataba, así, de una aproximación a dos tipos de necesidades en tensión: el de la reproducción ampliada del capital y el de la reproducción de los trabajadores. Para el primero, el trabajo devino un factor caro; para el segundo, una posesión cada vez más devaluada y, en algunos casos, en desuso en un mercado saturado. Luego, continúa Grassi, cuando estos índices de desocupación abierta se estabilizaron en niveles muy altos, el *trabajo* en sí fue objeto de problematización, dando lugar a su constitución en *factor de humanización* y, por derivación, en *necesidad del sujeto* y, más aún, en *necesidad primordial*. Cada vez más, la problemática del trabajo adquirió preponderancia también en los debates en el campo académico, que pasó de pivotar en el par pobreza-exclusión, a revisar otra relación: trabajo-integración (Grassi 2000:62–63). Para la autora, se distinguieron los dos órdenes del problema que si bien aparecen en tensión son complementarios: el del trabajo, en un sentido genérico; y el de su empleo en el mercado que singulariza dos tipos de discurso: un discurso moral que trató el trabajo como esencialidad (factor de humanización); y el discurso económico, que se mantuvo centrado en el empleo y los desajustes del mercado respectivo (Grassi 2000:63). Desde estas conceptualizaciones, lo que aparece como *intención* es el incremento de las “potencialidades del individuo” y sus “posibilidades de elección”, pero en el marco de un mercado cada vez más abierto, globalizado y desregulado que las restringe cada vez más. El cambio en las formas de intervención, que se focaliza sobre los mínimos biológicos o sobre las necesidades básicas habla también de la concepción de persona sobre la que se interviene, sobre la que se legisla, así como sobre el tipo de sujeto que se crea y sobre el que se gobierna. Estas nuevas formas de intervención parten de entender a las personas a partir de su condición (solamente) biológica.

Como parte de este proceso, se fueron modificando los valores relativos a la integración social y Argentina se fue transformando en una sociedad más individualista. En este sentido, antes que nada es posible decir que se produjo una fuerte erosión del modelo de ciudadanía social asociado al Estado de Bienestar de mediados del siglo XX. Las ideas individualistas estaban en concordancia con la primacía de la lógica del mercado y con una idea de ciudadanía ligada a la propiedad (individual), el consumo y la autoorganización (Svampa 2005:73–91).

4.- Tercera parte. Transformaciones, formas de trabajar hoy

Los tres casos con los que comencé el artículo dan cuenta de la diversidad de trayectorias y de las múltiples formas en las que se realizan las actividades informales y que han transitado por el proceso argentino de manera diferente. Aún más, es posible decir que van moldeando los

procesos económicos a partir de prácticas que podrían considerarse como “culturales”⁸. El modo en que ese acceso a la vida se produce no es sólo un proceso económico como tampoco es sólo una cuestión ‘económica’. El neoliberalismo sin duda ha cimentado y habilitado nuevas formas de trabajo. Ese “trabajar a cualquier costo” que ha calado hondo en los actores no puede comprenderse en abstracto. Las transformaciones que ocurrieron en el último cuarto de siglo han trastocado “el mundo popular” configurado durante la segunda mitad del siglo XX (al que me referí anteriormente) en su conjunto de una manera inédita (Merklen 2005). Con la creciente desocupación la disputa en torno a qué es trabajo y qué no lo es se amplió, recorrió nuevos caminos. Es en la experiencia histórica -producto de la sedimentación de prácticas, modos de ser y de hacer relativos al trabajo como forma legítima de ganarse la vida- donde estas multiplicidades pueden apreciarse hoy.

Ni el cirujeo y la venta ambulante aparecen con el proceso de pauperización y de transformación del mundo del trabajo pero sí fueron fuertemente resignificadas. Esto es, en una nueva coyuntura aquellos marcos interpretativos –qué significaba ser cirujano, qué había llevado a los vendedores a realizar esa actividad y cómo se accede legítimamente y dignamente a la reproducción social- fueron mixturándose con otros discursos y sentidos. Se fueron generando nuevas experiencias cotidianas ligadas al mundo del trabajo que no pueden entenderse sino a partir de una articulación entre aquellas nociones hegemónicas en torno a éste y las trayectorias de las personas. Sin embargo, como dije, ellas no se entienden sin comprender el imaginario forjado alrededor del trabajo en las últimas décadas. Y si bien, los procesos descritos en la primera parte del artículo -con las dificultades analíticas ya planteadas- se han modificado, no por ello han desaparecido. Son esos procesos corporizados y producto y productores de memorias las que dan cuenta de las múltiples manifestaciones de lo que significa trabajar hoy⁹. Y creo allí encontrar algunas de las razones en torno a la pugna por la inclusión de ciertas actividades *qua* trabajo. Nuevamente recuerdo que los interrogantes no deben plantearse en el nivel de la verdad o falsedad de los procesos, al modo ¿es el cirujeo trabajo? Por el contrario, me parece que plantear el problema desde esta posición cierra más de lo que abre. La cuestión pasa por comprender por qué algunas personas ven a las actividades como trabajo y otras no, por qué las personas apelan a la categoría. El cirujeo y la venta ambulante, entonces, son dos actividades paradigmáticas para comprender cómo los procesos sociales son construidos, cómo se transforman en reales, de qué manera se materializan (ver Comaroff y Comaroff 1992:20) en el marco de una memoria que proporcionan marcos y puntos de referencias (Pollak 2006) que va produciendo marcos de entendimientos que –bajo procesos de hegemonía y construcción de imaginarios sociales- no son sólo responsables de nuestras convicciones sino también de nuestros sentimientos (Cf. Todorov 2000).

4.1.- *Vergüenza, orgullo y la construcción de la vida digna*

⁸ Una amplia literatura se ha encargado de debatir con las visiones separatistas de los campos de la realidad social (entre ellos lo que dan cuenta de cómo lo ‘cultural’ moldea lo económico, [ver Dufy and Weber 2007; Zelizer 2011]).

⁹ Michael Pollak (2006) recuerda que la memoria proporciona un marco y puntos de referencias. La memoria está encuadrada a partir de un trabajo de encuadramiento que no se constituye arbitrariamente, que tiene sus límites, y que debe satisfacer ciertas exigencias de justificación. Este encuadramiento, por supuesto, no se da de una vez y para siempre. (Jelín 2002) en relación a las memorias colectivas en tanto memorias compartidas, superpuestas, producto de interacciones múltiples, encuadradas en marcos sociales y en relaciones de poder. En este sentido, lo colectivo es un entretejido de tradiciones y memorias individuales, socialmente organizadas, estructuradas, dadas por códigos culturales compartidos. Las memorias colectivas no son algo dado y existen disputas y negociaciones de sentidos entre distintos actores sociales (incluyendo los excluidos y marginados) que intentan dar sentido al pasado en escenarios diversos. A su vez, dicen Jelín and Kaufman (2001:27–28) que “la memoria, sujeta a los procesos individuales y vinculares, es siempre una relación intersubjetiva, basada en el acto de transmisión y reinterpretación, que requiere de otros y a otros para recordar: es el soporte grupal el que da cohesión y estructura a la vida: también a la memoria”.

“La actividad de la recuperación, manifiesta la internalización de una cultura del trabajo y no del delito. Ya que los cartoneros, salen inventar el trabajo allí donde lo existe el trabajo lo inventan, se auto emplean. Inventan o generar trabajo de lo que otros descartan. Es más, muchos cartoneros, al tomar el carro para recuperar residuos entienden que han asumidos una opción de trabajo o ‘rebusque’, distintas que las opciones delictivas”. Extracto de la exposición de un antropólogo ante el tribunal superior de Justicia en la audiencia para que se declare inconstitucional la prohibición del cirujeo.

“pobre gente, juntando el cartón todo mugroso, podrido (...) por suerte yo tengo trabajo, pobre gente” Charla informal con una vecina del barrio de Colegiales mientras observaba un registros de cartoneros.

Uno de los impedimentos que he percibido en las personas que teniendo una trayectoria ligada al empleo comenzaron a cirujear fue el sentimiento de vergüenza o del hacer algo que no consideran digno. Ello remite no sólo a las nociones en torno al trabajo a las que me referí sino también al a propia construcción del cirujeo como un “no trabajo” ligada a la pobreza, la vagancia, la marginalidad y la ilegalidad (ver Perelman 2012).

Felipe, planteaba que sentía vergüenza por estar realizando una tarea no deseada en contraposición con otras actividades de las que había vivido (ayudante de cocina en un restaurante). En una entrevista el me planteaba un recuerdo en tono de deseo: “‘el mes que viene voy a cobrar tanto, le voy a comprar un par de zapatillas, un par de zapatos, un abrigo’. O hacer, como cuando yo trabajaba en un restaurante, que un día de franco los llevé a la Exposición Rural¹⁰, yo tuve la oportunidad de ir, de llevarlos a un cine, comprar un buen televisor, un buen video [videocasetera] y aunque sea alquilarle un video y que lo vean; esas cosas. Yo cuando quede sin trabajo, tuve la suerte de poder comprar el terreno [con la indemnización] y en otra hacer la casa, pero ahí paro todo”. Felipe presenta su pérdida del empleo en términos materiales (pérdida de capacidad de adquisición de bienes). Pero al mismo tiempo, esa falta imposibilita un tipo (imaginario) de inserción social basada en tipos de consumos. A la vez, la historia de Felipe no sólo refiere a una falta monetaria sino de un modo específico de adquirirlo.

Esto me lleva a plantear una cuestión importante: muchas veces la “fuente” del dinero —o sea el modo en que se obtiene— suele no ser tenido en cuenta pero es central para los actores. Como ha sido analizado para distintas sociedades y para diferentes casos (Zelizer 2009; Hutchinson 1996; Kessler 2002) solemos hacer esta diferenciación que remite a valoraciones morales en torno a las actividades que consideramos dignas y a los tipos de esferas en las que el dinero puede o no circular: solemos escuchar, por ejemplo, que existe “dinero mal habido” o “manchado de sangre”, “dinero fácil”, etc. Algunas veces el origen y su cosificación en el tipo de dinero pasan desapercibidos o no tienen un peso importante. Sin embargo en otras ocasiones el modo en que se obtiene permea la vida de las personas, como pude apreciar varias veces durante el trabajo de campo. Aquella vergüenza, por ejemplo, que remite al modo en que se consigue el dinero (un tipo de trabajo) hacía que no sólo el cirujeo no surgía como la primera elección sino que, aún sin tener “para comer” cuesta tomar la decisión. Al concordar con los que plantean que las emociones expresan valores personales socialmente construidos (Lutz 1998; Pita 2010) resulta importante pensar por qué ocurre ello.

Hagamos el esfuerzo de pensar en la historia de Felipe o en Raúl acostumbrados a ganarse la vida a través de un trabajo o a ver que lo normal era hacerlo por esa vía. Sus padres, sus amigos, sus hermanos, ellos mismos cumpliendo un horario, recibiendo un salario, teniendo beneficios sociales, una seguridad material y una inserción socialmente aceptada. Ni Felipe ni Raúl pensaron en terminar juntando de los residuos materiales. Es de esta ruptura de donde surge aquel sentimiento de vergüenza que expresa valores, historias y proyectos rotos¹¹. Como ellos dos, miles de personas *cayeron* en la pobreza (y en el cirujeo) durante la década de 1990¹².

¹⁰ Se refiere a la Exposición de Ganadería, Agricultura, e Industria anual que se realiza en el predio que la Sociedad Rural Argentina organiza anualmente en el predio del Barrio de Palermo y que suele coincidir con el receso invernal escolar.

¹¹ El carácter “social” del sentimiento de vergüenza también puede apreciarse al comparar el modo en que es vivida la actividad por los cirujas estructurales para quiénes la realización no implica ninguna ruptura y

Una vez, un chico me relató la manera en que él y su padre comenzaron a cirujear. Este último, había venido a Buenos Aires desde la provincia de Misiones junto a su padre cuando tenía 14 años, en la década de 1970, impulsado por su hermano mayor que les había prometido trabajo. Así fue, comenzó ese mismo año a trabajar en un astillero. Más tarde, ingresó al ejército y luego trabajó en seguridad privada. Una vez perdido el empleo, en 1999, comenzó a trabajar en la construcción, de manera muy espaciada. Sin poder realizar ninguna actividad que le permitiese sobrevivir, y en tiempos en el que, no sólo su padre, sino todo su entorno familiar se quedó sin empleo, fue pasando al cirujeo. El relato del chico me ha quedado en la memoria. Estas fueron sus palabras “Estuvimos 9 días casi sin comer, no tenía fuerzas. Ahí donde vivíamos había un auto abandonado, era todo chatarra. Fuimos a buscar a algo para sacar. Cuando estábamos pasando por una zanja, mi papa se cayó, no tenía fuerza. Le pedía que se levante. Llegamos al auto y sacamos unas cosas. Ese día comimos arroz hervido, no me olvido. En esos días veíamos filas de gente con carros pero no sabíamos a dónde iban. ‘Hay que seguirlos’ me dijo. Vimos que se subían al tren, pero mi viejo no se animó a venir a la ciudad. Unos días después, cuando empezamos a venir [a la ciudad de Buenos Aires], yo entraba a pedir facturas, pan, algo de comida. A mi viejo no le gustaba eso, se quedaba en un costado, medio escondido”. Más allá de la veracidad del relato en cuanto al tiempo que estuvieron sin comer, me parece ello irrelevante. No lo es en cuanto al imaginario que quedó en Marcos el salir a cirujear.

Los cartoneros, es cierto, de a poco fueron naturalizando la actividad y su nueva vida. Durante los ocho años que hice trabajo de campo (entre 2002 y 2010) fui apreciando la transformación que muchos cirujas hicieron. La reivindicación del cirujeo como actividad laboral remitió a un proceso de "naturalización" espacial de la actividad así como de un intento de conformarse públicamente como personas dignas. Creo que este es un intersticio interesante para comprender el modo en que los discursos hegemónicos son reapropiados por los sectores populares. El crecimiento del desempleo y su naturalización de actividades *qua* trabajo, también avalada desde los ámbitos estatales (en el caso del cirujeo incluyéndola como parte del sistema de recolección y nominándolos como "recuperadores urbanos" pero también a partir de la implementación de planes sociales con contraprestaciones informales) y por los propios actores no sólo da cuenta de la necesidad de trabajar para vivir sino como en momentos de crecimiento del desempleo los actores apelan a marcos públicos de validación del acceso a la vida, al estilo “trabajar para vivir”. El neoliberalismo, que mucho ha contribuido en la construcción de valores individualistas, también ha puesto el acento en el problema individual en relación al trabajo: muchos cartoneros transformaron esa vergüenza por ser cirujas en un orgullo por estar “creando trabajo” o “mostrando que no salen a robar” pese a la situación de pobreza en la que se encuentran. Para los cartoneros no importa ser “informales” o estar explotados por otros actores. Antes bien, son las contraposiciones discursivas con otras posibles salidas a la desocupación (como el robo o el acceso a planes sociales que suelen asociarse a la “vagancia”) las que son reforzadas.

Esa adecuación no se da sin contradicciones, sin miedos, sin sensaciones encontradas. el cirujeo como lo conocemos hoy no es sólo producto de la caída de miles de personas en la desocupación sino también por una serie de procesos disciplinadores que hacen del hombre un trabajador, y de la incentivación del trabajo a cualquier costo como modo de producir “dignidad fetichizada”¹³.

sienten orgullo por estar realizando la tarea. La vergüenza en el cirujeo la he trabajado en Perelman (2011) y la noción de orgullo contrapuesta a la vergüenza entre los nuevos cartoneros y los cirujas estructurales en (Perelman 2010).

¹² Si bien no hay estadísticas certeras, según distintos los registros a diferentes recuperadores urbanos realizados por el Programa de Recuperadores Urbanos (PRU) del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires en el 2002, el 12,5 % contaba con una antigüedad en la recolección mayor a 5 años; en el primer semestre de 2003, el 10,5 %; entre julio y septiembre, el 9,1; 12,1 para los entrevistados entre octubre y diciembre.

¹³ Retomo la noción del fetichismo de la mercancía de Marx. Digo dignidad fetichizada en tanto es la idea de trabajo la que parece conferir dignidad ocultando los procesos de producción, la construcción

Durante la década de 1990 la venta ambulante también se modificó. Varios entrevistados concuerdan en ver en este período un incremento de personas vendiendo y pidiendo en los trenes. Así como no cualquiera sale a cirujear porque existen fuertes barreras simbólicas y morales en torno a qué se considera digno de ser realizado, muchos vieron en la venta ambulante una posible beta de ingresos. Si bien la venta ambulante ha tenido un lugar diferente en los imaginarios de los actores en relación a la categoría de trabajo, no siempre las personas que se ganan en la vida en el transporte público han sido consideradas como trabajadores.

La venta en trenes, y en comparación con el cirujeo, permite apreciar tres cuestiones: en primer lugar mostrar que durante esa argentina de pleno empleo otras tareas eran toleradas como trabajo por fuera del imaginario del trabajo¹⁴. Por otro lado, cómo existen diferentes prácticas que permiten acceder legítimamente a la reproducción social dependiendo de las características de las personas. En tercer lugar, la venta ambulante no tuvo la mediatización que sí tuvo el cirujeo con la crisis. Sin embargo, aquel crecimiento tanto de jóvenes vendiendo y espacialmente de mujeres y niños pidiendo dieron cuenta de que la venta ambulante en los transportes públicos fueron un rebusque ante la incapacidad de tener otros horizontes.

En los trenes de la ciudad donde se producen los intercambios que llamo venta ambulante pueden observarse no sólo los imaginarios en torno al trabajo sino también el modo en que los tipos de acceso a la reproducción social no pueden entender como escindidos del mercado de trabajo y de las trayectorias de las personas de carne y hueso.

Básicamente es posible dividir a las personas que se ganan la vida en dos grupos. Por un lado, los que pide y por el otro los vendedores. Estos últimos –ellos se denominan *buscas*¹⁵– suelen ser hombres que están, supuestamente, en condiciones individuales de trabajar. Esto es, están en edad y en condiciones de salud para “vivir del trabajo”. Aquí son dos cuestiones importantes a tener en cuenta. En primer lugar, que el mercado de trabajo no siempre ha incluido a todas las personas, por los que éstas tuvieron que buscar otros modos de reproducción. A su vez, esa “falta” suele aparecer justificada por los actores y se va naturalizando.

En tanto disciplina que forma un cuerpo, el trabajo exige una serie de movimientos, ritmos, visiones de vida que no siempre son valoradas por los *buscas*. Una mañana en un café de una estación de tren del conurbano bonaerense, Roque –un canillita de un puesto de tren que le vendía mercancía a los vendedores– me dijo en voz bajo “lo que pasa es que éstos valoran mucho la libertad. Mirá [movió levemente la cabeza hacia un costado donde había tres personas] ellos laburan cuando quieren, se suben a un tren, dejan pasar otro, se toman un café. A veces vienen a veces no”. Más que cuestionar la veracidad de estos dichos fue algo que fui notando en los discursos y en las prácticas de los *buscas*.

Son dos cuestiones las que deben tenerse en cuenta. Por un lado que muchos de ellos ingresaron a la actividad desde chicos y luego fueron construyendo códigos, formas de actuar dentro de una configuración específica. Ello, no sólo produjo modos específicos de entender la reproducción social sino también códigos que funcionan dentro del grupo pero que son difíciles de comprender hacia afuera. La noción de libertad que los actores tienen –manejar sus tiempos, decidir a qué tren subir o no, a qué hora vender– va en detrimento de, por ejemplo, una maximización del tiempo de trabajo. La segunda cuestión remite sin duda al mercado de trabajo. Muchos vendedores han incursionado en el mercado formal. Tal es el caso de Cacho que

hegemónica en torno a la idea de trabajo y las desigualdades que se generan en relación a los tipos de integración social y de distribución de la riqueza a partir del empleo.

¹⁴ El cirujeo, recuerdo, también existió previo la implementación de las políticas neoliberales. Sin embargo, era visto como una actividad marginal, ligada a la delincuencia.

¹⁵ Según me contaron la palabra proviene de “busca vidas” y denominarse orgullosamente de esta manera (“*nosotros somos buscas*”) es un modo de reivindicar este tipo de acceso a recursos como un “modo de vida”

nombré al principio del artículo. Él comenzó su carrera laboral en los trenes y luego intentó insertarse en el mercado laboral. Sin embargo, acostumbrado a un tipo de actividad donde era alguien, en donde lo conocían, en dónde ganaba lo (que él consideraba) suficiente para vivir y quizás más que lo que lograba en un empleo de repartidor de productos lácteos o de seguridad le fue difícil adaptarse a otras lógicas de trabajo. Uno podría preguntarse por qué si los actores están tan cómodos en una tarea buscan otras opciones. En primer lugar, es necesario aclarar que la mayoría de ellos tiene una trayectoria ligada casi exclusivamente a la venta ambulante. Por otro lado, también debe pensarse que la venta ambulante no siempre cuenta con la misma permisibilidad por parte de las autoridades, haciendo que a veces ésta sea una tarea difícil de ser realizada por lo que, a diferencia a lo que suele pensarse, el camino es el inverso: buscan refugio al “desempleo” en otras actividades. Por último, es imposible desconocer a los discursos que los transforman en no trabajadores. Muchas veces es la mirada de otras personas las que producen que busquen la salida. Una salida que suele llevar a la infelicidad y a la vuelta a los trenes. Al inicio del trabajo de campo, me sorprendía el modo en que los *buscas* me explicaban por qué se dedicaban a la venta ambulante. Esta necesidad remite, entiendo, a estos “malos entendidos” en el que los vendedores se saben, de algún modo, corridos del discurso hegemónico ligado al trabajo. No imagino a un joven médico, por ejemplo, intentando justificar su elección como tal. Además la pertenencia a un grupo y a un modo de vida hace que se generen fuertes afinidades hacia adentro. Muchos vendedores son parientes, vecinos y amigos. Ello también produce un cierre de posibilidad para que otras personas ingresen a la actividad: los grupos van construyendo territorios que intentan regular. Así, si bien la venta ambulante puede considerarse más cercado a la noción deseable de ciertos actores relativo al modo legítimo de reproducción social (de “trabajar para vivir”), las propias configuraciones de la actividad hicieron que haya sido más difícil su acceso. Es imposible, de todos modos, desconocer que tras la “libertad” y los valores que los *buscas* ponderan existen relaciones de explotación y de desigualdad ya que los vendedores, siendo trabajadores, quedan por fuera de los beneficios distributivos ligados a los regímenes de protección social.

Ese imaginario de trabajador se actualiza todos los días en los contactos cotidianos entre los vendedores y los pasajeros. Existe una necesidad de mostrarse para la venta que apela a los imaginarios de los compradores. Éstas, lejos de ser naturales, refieren a las configuraciones históricas descritas anteriormente. Esa construcción de hombre en condiciones de trabajar restringe formas de presentarse en el tren. Cacho, en una charla me hablaba de un conocido *rengo* que pidiendo “sacaba fortunas, en dos horas me mostraba y hacía como ciento cincuenta magos [pesos]”¹⁶. Ante mi pregunta de por qué él no *pedía* me contestó riéndose “¿y a mí quién me va a dar? Me van a decir ‘andá a comprar una caja de alfajores y ponete a vender’”. Las palabras de Cacho remiten a los imaginarios sobre a quiénes les es posible pedir y quienes deben “trabajar”. En las respuestas de los pasajeros a por qué le dan monedas a los que *piden* también es posible aislar los argumentos morales en torno a quiénes son “legítimamente” merecedores de la limosna. Ese *rengo* al que se refiere Cacho forma parte de un segundo grupo de personas que puede encontrarse en los trenes: las personas que piden.

En los que piden en el tren, en cambio, la puesta en escena sobre su “condición habilitante” es notoria. Y, en las interacciones entre mendigos y pasajeros es posible percibir la manera en que operan los imaginarios en torno a la pobreza legítima (o desempleado legítimo). En los trenes son los “pobres legítimos” los que se dedican a pedir: mujeres con niños en brazos, niños, ancianos o personas con alguna discapacidad.

En las interacciones entre las personas que piden y los pasajeros es posible percibir la manera en que operan los imaginarios en torno a la pobreza legítima (o desempleado legítimo) y la noción de trabajador. Es por ello que las personas que se dedican a la mendicidad, la “discapacidad” en tanto condición habilitante tiene un lugar central mientras que en *buscas* es la idea del trabajador la que se realiza. Existen ciertos estereotipos sociales que, tanto para los

¹⁶ Muchas veces estos dichos forman parte de los imaginarios de los *buscas* y de los pasajeros. Muchos de éstos suelen hacer cuentas a priori intentando calcular cuánto ganan las personas que piden. En general no suelen tener sustento.

vendedores, para los que *piden* y para los pasajeros habilitan a “pedir”. Pasajeros y vendedores reconocen estas diferencias de capacidades. Sin embargo, la mayoría de los que piden a esa mendicidad le dan un plus como puede ser dar una tarjetita o tocar un instrumento. Este tipo de acciones adquieren significación a partir de un doble proceso: por un lado, que el *esfuerzo* constituye un valor tanto para vendedores como para pasajeros. Por el otro, la existencia de un mercado de caridad, donde la competencia, nunca frontal, está presente entre las personas que piden. En este mercado el esfuerzo adquiere sentido, le otorga un plus diferenciador a la discapacidad. Los que piden consideran el hecho de pedir como un modo legítimo que está basado en condicionantes reales y justificables. Saben que son “desempleados legítimos” y lo refuerzan en las puestas en escena de su discapacidad reforzando la idea de que existen ciertos condicionantes que imposibilitan el acceso a la vida vía el mercado formal. La mayor parte de los pasajeros ven a los mendigos, pese a la contraprestación ofrecida, como alguien que *pide*, y legitiman su condición de pedidor, en el caso de Esteban, un hombre de 33 años sordo desde los cuatro años, a que suelen darle monedas sin llevarse la tarjeta que ofrece a cambio (no aceptando la contraprestación). Esteban acepta el dinero a cambio de “nada”, me cuenta que para él está bien esta actitud, que ello le permite tener más tarjetas para repartir. No ve esta forma de ganarse la vida como asistencia ya que él “*trabaja todos los días para ganarse las monedas*” a diferencia de otros que sólo se dedican a pedir en otros ámbitos. Esteban compara su situación, de salir a “hacer lo que puede” dada su condición con otras personas que se dedican a pedir limosna. Para los pasajeros, existe una sensación ambivalente en torno a las personas que piden: parecen ser portadores de alguna peligrosidad. La vestimenta, la percepción de la pobreza generan desconfianza en ciertos sectores de la población. Si en los que piden la realización de la actividad es justificada por su condición de “carencia” y pueden ser considerados pobres legítimos, en estos grupos existe una apelación al hombre trabajador que sólo se entiende al apreciar la importancia que ha tenido la construcción de hombre trabajador y la construcción social de ciertas actividades como trabajo en una sociedad “salarial” en Argentina, buscando escapar a la etiqueta de pobre vergonzante. No es tanto la necesidad sino las cualidades personales de vendedores y de lo que se vende lo que se pone en juego.

5.- A modo de cierre: reconfiguraciones en el campo del mundo del trabajo

Indudablemente ese mundo del trabajo o esa “cultura del trabajo” que se imponen como tipos ideales de acción fue variando en los últimos años. Las transformaciones ocurridas a partir de la implementación de políticas (recuerdo nuevamente no sólo económicas) neoliberales han sin duda transformado los modos de acceso a la reproducción. El desempleo siempre funciona como un elemento disciplinador de la fuerza de trabajo. El miedo a “quedarse sin trabajo” por ejemplo, ha sido un elemento importante para que ciertas políticas puedan llevarse adelante (como la reducción de cargas laborales, la flexibilización de los contratos de trabajo, etc.) lo que produjeron peores empleos, más personas pobres y buscando trabajar a cualquier costo.

Tanto el cirujeo como la venta ambulante han existido –si bien de manera más restringidas– previo a desarticulación del Estado Social argentino. O sea, había personas que se dedicaban a ello quedando fuera de los beneficios que *fluyeron* de los derechos laborales, que se ganaban la vida realizando una actividad que estaba fuera de la idea hegemónica de trabajo. Ahora bien, ni las actividades ni las acciones de las personas son un simple reflejo de las políticas. Indagar en el cirujeo y en la venta ambulante posibilita apreciar la manera en que esas transformaciones impactaron en las personas de manera diferente y cómo las propias actividades fueron modificándose. Esto quiere decir que si bien es posible atribuir un crecimiento a la cantidad de personas dedicadas a la recolección y a la venta los sentidos de ese trabajar *de* no son mero reflejo de una caída en el desempleo.

Venta ambulante y cirujeo son dos actividades que tienen algunas cosas en común y muchas diferencias. En relación a lo primero podemos decir que son formas de trabajo cuestionadas desde los discursos hegemónicos. A su vez son actividades “informales” en tanto las personas que se dedican a ellas están por fuera de los marcos regulatorios de las leyes de

empleo (que no es lo mismo que decir que están fuera de la regulación del Estado). Ambas actividades pueden ser “refugio” ante la pérdida del empleo. Pero también es posible ver en ellas que no es sólo un refugio para el desempleo. Este es un error en el que suelen caer algunos análisis que dejan de lado a los sujetos de carne y hueso. No sólo porque no cualquiera recurre al cirujeo o a la venta como posibilidad (no están dentro de los parámetros de lo imaginable) sino también porque para muchos fue una elección. Que se entienda bien, es una elección dentro de ciertas condiciones¹⁷.

Sin embargo, también son muy diferentes. El cirujeo está mucho más estigmatizado que la venta ambulante y mucho más ligada a la informalidad. Por las configuraciones territoriales –el lugar donde se realizan, las estructuras presentes, el nivel de organización de los actores– el cirujeo fue mucho más permeable a la caída. Y ello, pese a ese fuerte estigma con el que contaba.

En la venta ambulante es posible apreciar cómo los imaginarios sobre quiénes pueden trabajar y quiénes pueden (legítimamente pedir) es clara: son los estereotipos, los ideales de trabajador los que convierten a los hombres en trabajadores (a cualquier costo) y a otras personas en merecedores de asistencia (o en este caso de mendicidad). Así, si bien la venta se convirtió en un refugio durante los ’90, los estereotipos entre vendedores y mendigos se mantuvieron incólumes mostrando como los imaginarios siguen permeando las prácticas de los desempleados. En el caso del cirujeo, por ejemplo, es posible ver cómo los que cayeron en él “sufrieron” la caída. El sentir vergüenza no se comprende sino a partir de las trayectorias de las personas, de aquellos que vieron rota una imagen en torno a qué significa vivir dignamente. Desde que comencé mi relación con los cartoneros fui notando cómo aquella vergüenza se iba transformando en orgullo, se iba naturalizando el cirujeo como acceso legítimo a la reproducción. El salir a trabajar para ganarse la vida sigue aquí permeando los imaginarios y es en gran parte por ello que los cartoneros buscan posicionarse como trabajadores.

Esta es una de las consecuencias principales de las políticas neoliberales: la naturalización de la pobreza, de modos de vivir y la fetichización del trabajo. Parece que la dignidad *emana* de “estar trabajando”. Allí radica gran parte del poder disciplinador de la noción abstracta de trabajo, que por ser abstracta y poco precisa puede ser apropiada de manera circunstancial e ir variando para mantener el aura mágico de la dignidad.

El caso del cirujeo y de la venta ambulante, muestran también que no siempre es el consumo lo que prima como modo de inserción social tan potenciado durante la década neoliberal. Los modos de acceso al dinero dan cuenta de tipos deseables acceso al bienestar que no siempre se ligan a lo que se puede comprar o acceder sino el modo en que se llega a eso. Chatterjee (2004) ha planteado una interesante posición respecto a la distinción entre las nociones de ciudadanía y población particularmente relevante para pensar las diferencias existentes no sólo entre trabajadores y no trabajadores sino entre grupos en una sociedad.

Mientras la categoría de ciudadano habita el dominio de la teoría, el de población el de las políticas públicas en el marco de una gubernamentalización del Estado. Esto es, el estado se va erigiendo como el garante y proveedor de la población a partir de una racionalidad particular. Pero lo que resulta importante es que se legisla sobre diferentes grupos que van generando una heterogeneización y fragmentación de los derechos sociales. El problema es la desigualdad no sólo en la demanda –que podría ser perfectamente atendible en el marco de las

¹⁷ (Gorbán 2009) por ejemplo ha mostrado como *la carreta* –el cirujeo– no es simplemente una respuesta al desempleo, sino la conjunción de una compleja trama de procesos normativos, económicos, sociales y políticos. Se centra en los procesos de sociabilidad, dando cuenta las implicancias que tiene para las mujeres “salir con la carreta” como un hecho que va mucho más allá de un acto tendiente a la supervivencia. Centrándose en los procesos de sociabilidad, plantea que para las mujeres “salir con la carreta”, “salir a cartonear” o “ir a la capital” significaba “mucho más” que ir a trabajar. Era para ellas entrar en una trama de sociabilidad que implicaba generar relaciones, divertirse y salir del barrio y del control de los vecinos. Y es también una elección entre otros trabajos que se les presentan como posibles (cuidados de ancianos por ejemplo).

experiencias de los grupos- sino en los modos en que esa sociedad política se integra en un conjunto desigual.

La naturalización –creo- generan desigualdades que van a persistir más allá de lo que pueda ocurrir en el futuro. Ello tiene implicancias ya que no sólo naturaliza formas de vivir que llevan al máximo la explotación laboral sino también de generar diferentes formas de integración más desiguales. Quizás ello haya sido uno de los legados que hoy tenemos y que, como tal, nos acompañará por varios años. Quedará ver cómo las próximas generaciones comprenden los modos legítimos de acceso la vida, los nuevos continentes del mundo del trabajo y los tipos de demandas que de ellos surjan.

6.- Bibliografía

- ACHA, O. y QUIROGA, N (2008) "La invención del Peronismo y el nuevo consenso historiográfico. Conversación en torno de El día que se inventó el Peronismo, de Mariano Plotkin" *Boletín Bibliográfico Electrónico Del Programa Buenos Aires de Historia Política* Año 1. Número 2: 50–53.
- ALVAREZ LEGUIZAMÓN, S. (2008) *Pobreza y Desarrollo en América Latina*. Salta: Universidad Nacional de Salta.
- ALVAREZ LEGUIZAMÓN, Sonia (2006) "La invención del desarrollo social en la Argentina: Historia de "opciones preferenciales para los pobres" en *Problemas de Política Social En La Argentina Contemporánea*. Luciano Andrenacci, ed. Pp. 81–124. Buenos Aires: Prometeo Libros- Universidad Nacional de General Sarmiento.
- BARBEITO, Alberto, y Rubén LO VUOLO (1992) *La Modernización Excluyente. Transformación económica y Estado de Bienestar en Argentina*. Buenos Aires: CIEPP/UNICEF/Losada.
- BASUALDO, Eduardo (2001) *Sistema político y modelo de acumulación en la Argentina. Notas sobre el transformismo argentino durante la valorización financiera (1976- 2001)*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.
- BAUMAN, Zigmunt (2003) *Trabajo, Consumismo y Nuevos Pobres*. Barcelona: Gedisa.
- BECCARIA, Luis (2001) *Empleo e integración social*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- BECCARIA, Luis y Néstor LÓPEZ (1997) "El debilitamiento de los mecanismos de integración social" en *Sin trabajo. Las características del desempleo y sus efectos en la sociedad argentina*. Luis Beccaria y Néstor López, eds. Buenos Aires: Losada.
- CAIMARI, Lila (2004) *Apenas un delincuente: crimen, castigo y cultura en la Argentina, 1880-1955*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores Argentina.
- CHATTERJEE, Partha (2004) *The Politics of the Governed Reflections on Popular Politics in Most of the World*. New York: Columbia University Press.
- COMAROFF, John, and Jaen COMAROFF (1992) *Ethnography and the Historical Imagination*. Boulder: Westview Press.
- DUFY, Caroline y Florence WEBER (2007) *L'ethnographie économique*. Paris: La Découverte.
- ELENA, Eduardo (2011) *Dignifying Argentina: Peronism, Citizenship, and Mass Consumption*. Pittsburgh, Pa.: University of Pittsburgh Press.
- FONSECA, Claudia (2005) "La Clase Social y Su Recusación Etnográfica" *Etnografías Contemporáneas* (1): 117–138.
- FOUCAULT, Michel (2002) *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*. Buenos Aires: Siglo veintiuno editores Argentina.
- FOUCAULT, Michel (1996) *La vida de los hombre infames*. La Plata: Altamira.
- FOUCAULT, Michel (1970) *La Arqueología del saber*. México: Siglo veintiuno editores.
- GENÉ, Marcela (2005) *Un mundo feliz: imágenes de los trabajadores en el primer peronismo, 1946-1955*. Buenos Aires: Universidad de San Andrés ; Fondo de Cultura Económica.
- GORBÁN, Débora (2009) *La construcción social del espacio y la movilización colectiva. Las formas de organización espacial de los sectores populares en buenos aires. (salir a*

- cartonear, desentrañando prácticas y sentidos del trabajo entre quienes se dedican a la recolección de materiales recuperables*). Tesis doctoral en Ciencias Sociales, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Argentina.
- GORDILLO, Gastón (2006) "The Crucible of Citizenship: ID-paper Fetishism in the Argentinean Chaco". *American Ethnologist* 33(2): 162–176.
- GRASSI, Estela (2003) *Políticas y problemas sociales en la sociedad neoliberal: la otra década infame*. Buenos Aires: Espacio.
- GRASSI, Estela (2000) "Procesos político-culturales en torno del trabajo. Acerca de la problematización de la cuestión social en la década de los 90 y el sentido de las "soluciones" propuestas: un repaso para pensar el futuro". *Sociedad* (16): 49–81.
- GRASSI, Estela y Claudia Danani (2009) "Presentación" en *El mundo del trabajo y los caminos de la vida: trabajar para vivir, vivir para trabajar*. Estela Grassi and Claudia Danani, eds. Pp. 9–38. Buenos Aires: Espacio Editorial.
- GRASSI, Estela, Susana HINTZE, y María Rosa NEUFELD (1994) *Políticas sociales, crisis y ajuste estructural: un análisis del sistema educativo, de obras sociales y de las políticas alimentarias*. Buenos Aires: Espacio Editorial.
- GRONDONA, Ana Lucía (2011) "Tradición" y "traducción": un estudio de las formas contemporáneas del gobierno de las poblaciones desempleadas en la Argentina. Tesis Doctoral en Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.
- HUTCHINSON, Sharon (1996) *Nuer Dilemmas: Coping with Money, War and the State*. Berkley: University of California Press.
- JAMES, Daniel (2006) *Resistencia e integración: el peronismo y la clase trabajadora argentina, 1946-1976*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- JELÍN, Elizabeth (2002) *Los trabajos de la memoria*. Madrid: Siglo Veintiuno Editores.
- JELÍN, Elizabeth y Susana Kaufman (2001) "Los niveles de la memoria: reconstrucciones del pasado dictatorial argentino" *Entrepassados* 20/21: 9–34.
- KESSLER, Gabriel (2002) "De proveedores, amigos, vecinos y "barderós": acerca del trabajo, delito y sociabilidad en jóvenes del Gran Buenos Aires" en *Sociedad y sociabilidad en la Argentina de los 90*. San Miguel: Universidad Nacional de General Sarmiento ; Editorial Biblos.
- LINDENBOIM, Javier (2008) "Auge y declinación del trabajo y los ingresos en el siglo corto de la Argentina" en *Trabajo, ingresos y políticas en Argentina: contribuciones para pensar el siglo XXI*. Javier Lindenboim, ed. Pp. 23–67. Ciudad de Buenos Aires: Eudeba.
- LUTZ, Catherine (1998) *Unnatural Emotions. Everyday Sentiments on Micronesian Atoll & Their Challenge to Western Theory*. Chicago: University of Chicago Press.
- MERKLEN, Denis (2005) *Pobres ciudadanos: las clases populares en la era democrática, Argentina, 1983-2003*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Gorla.
- NUN, José (2001) *Marginalidad y exclusión social*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- ORTNER, Sherry (2006) *Anthropology and Social Theory: Culture, Power, and the Acting Subject*. Durham: Duke University Press.
- PERELMAN, Mariano D. (2012) "Caracterizando la recolección informal en la ciudad de Buenos Aires" *Latin American Research Review* 47(Special Issue).
- PERELMAN, Mariano D (2011) "Vergüenza y dignidad. Resignificaciones sobre el sentido del trabajo en los nuevos cirujas" en *Recicloscopio 2. Miradas sobre recuperadores, políticas públicas y subjetividades en América Latina*. Pablo Schamber and Francisco Suárez, eds. Pp. 223– 238. Buenos Aires: UNLA/UNGS/CICCUS.
- PERELMAN, Mariano D (2010) "Memórias de La Quema. O Cirujeo em Buenos Aires trinta anos depois". *Mana* 16(2): 375–399.
- PERELMAN, Mariano D (2007) "Theorizing Unemployment: Toward an Argentine Anthropology of Work". *Anthropology of Work Review* 28(1): 8–13.
- PITA, María Victoria (2010) *Formas de morir y formas de vivir. El activismo contra la violencia policial*. Buenos Aires: Editores del Puerto y CELS.
- POLLAK, Michael (2006) *Memoria, Olvido, Silencio*. La Plata: Al Margen.

- SALESSI, Jorge (1995) *Médicos, Maleantes y Maricas. Higiene, Criminología y Homosexualidad en la construcción de la Nación Argentina (Buenos Aires: 1871-1914)*. Rosario: Batriz Viterbo editora.
- SVAMPA, Maristella (2005) *La sociedad excluyente. La argentina bajo el signo del neoliberalismo*. Buenos Aires: Taurus.
- TISCORNIA, Sofía (2008) *Activismo de los derechos humanos y burocracias estatales. El caso Walter Bulacio*. Buenos Aires: Editores del Puerto y CELS.
- TODOROV, Tzvetan (2000) *Los abusos de la memoria*. Barcelona: Paidós.
- TORRADO, Susana (1992) *Estructura social de la Argentina, 1945-1983*. Buenos Aires Ediciones de la Flor.
- TORRE, Juan Carlos, y Elisa PASTORIZA (2002) "La democratización del bienestar" en *Nueva historia Argentina T. 8, Los años peronistas (1943-1955)* / director de tomo: Juan Carlos Torre. Juan Carlos Torre, ed. Pp. 257-312. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.
- VILLARREAL, Juan (1985) "Los hilos sociales del poder" en *Crisis de la dictadura argentina. Política económica y cambio social (1976-1983)*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- ZELIZER, Viviana (2011) *Economic Lives: How Culture Shapes the Economy*. Princeton: Princeton University Press.
- ZELIZER, Viviana (2009) *La negociación de la intimidad*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.